

Seudónimo: Alicia

Nivel: 1

Título: Un gatito negro

Categoría: Cuento

Un gatito negro

Era una noche helada de invierno. Los altos faroles proyectaban sus amarillentas luces en el asfalto nevado y sucio, y los sollozos de una niña retumbaban en la calle. Tirada en una esquina, abrazaba el cuerpo de un gato negro que estaba en sus últimos momentos. Las lágrimas caían por su rostro enrojecido, el cual sus rizos rubios cubrían.

En una esquina, invisible para todos, un muchacho encapuchado observaba la escena. Paciente, esperaba el momento indicado. Su frío corazón casi se conmovía al ver a la pequeña llorar tan desgarradoramente por esa criatura. *Casi*. Sin embargo tenía muy en claro su deber: esa noche, el gato debía irse con él, sin importar lo que sucediera después.

Con un suspiro, se acercó a la niña y el animal, y acarició suavemente al último. Este levantó la cabeza y puso sus ojos verdes en él. Él le dedicó una suave sonrisa y murmuró:

—¿Listo para irte?

Como respuesta, el animal soltó un suave maullido. Entonces, el chico lo tomó entre sus manos y lo acarició mientras ronroneaba. Le echó una última mirada a la

muchacha echada en el suelo, quién todavía sostenía el cuerpo del felino mientras lloraba sin consuelo, y se fue sin mirar atrás.

Le hubiera gustado poder decirle que su gato estaría bien, que en vida solo sufría y que ahora podría descansar en paz, pero ese no era su trabajo. En cambio, continuó su camino y desapareció en las sombras, con el dulce e inaudible ronroneo del gato como compañía.

La niña se había quedado sola, sosteniendo un cadáver. Sus dedos entumecidos se aferraban al cuerpo, por más de que eso no le fuera a regresar la vida a este. Las lágrimas congelaban su cara. Podía sentir dolor en cada parte de su ser, tanto por el frío como por la pérdida.

—¿Por qué lloras?

Se sobresaltó al escuchar una curiosa voz cerca de ella. Al levantar la cabeza vio que cerca suyo se encontraba una chica de su edad, abrigada con un saco carmesí y de largo cabello pelirrojo. La observaba con sus ojos marrones llenos de curiosidad y compasión.

Se limpió los ojos con el dorso de la muñeca antes de responder.

—P-por mi g-gatito—sorbió con fuerza. Su voz temblaba, y sentía que su cuerpo también.

La pelirroja ladeó la cabeza y se acercó a ella. Se quedó viendo al cadáver del gatito, que era pequeño y de pelaje negro, entonces crispado y congelado.

—Debe haber sido muy lindo cuando estaba vivo.—mencionó.

—Lo era...—contestó apenada la rubia.

—No deberías ponerte triste por eso.—repuso ella, llamando la atención de la rubia.— En cambio deberías ser feliz recordándolo mientras estaba vivo. No creo que a él le gustara verte triste.

Por alguna razón, sus palabras la hicieron sentir un poco mejor. Observó otra vez a lo que quedaba de su gatito y luego volvió a ver la chica.

—Creo...que tienes razón.

Se levantó del piso, cargando el cuerpo entre sus brazos. Le sonrió con melancolía a la pelirroja, y esta le devolvió el gesto.

—Lo enterraré. Gracias por...Por el consuelo.

—Te acompaño.

Ambas enterraron el cuerpo bajo un árbol. Luego de un minuto de silencio, la niña rubia se volteó a la pelirroja con la intención de preguntarle su nombre, pues no recordaba haberlo hecho, sin embargo, no había rastro de la muchacha.

Esta se encontraba ya lejos, en busca del muchacho encapuchado. Lo encontró en una esquina, al costado de la luz de un farol, todavía acariciando al gatito. Observó en silencio la llegada de la pelirroja, impasible.

—Otro trabajo exitoso.—le dijo.

—Lo mismo digo. Aunque tu parte siempre sea la más complicada...

—Ambas partes lo son.—la interrumpió.— No minimices tu carga.

—Uhm.—dijo ella, mientras le sonreía al gatito que la miraba fijamente,
embelesado.— Quizás tengas razón.